

—Y perdóneme Vd., mi amo, si le digo que el hermano Carlos V fué un hombre de muy mal gusto: porque de fraile á emperador ya entiendo yo que se debe pasar bien, pero de emperador á fraile.... *nequaquam mihi*. — Porque tú eres un nombre incapaz de pensamientos grandes y elevados. Por lo demas, el tal emperador tuvo cosas muy singulares. Hallándose en el claustro, se hizo celebrar las exequias en vida; colocóse en un féretro en postura de difunto, y cuando oyó el canto mortuorio, se levantó del ataúd para postrarse en una cama, donde le acometió una fiebre violenta que á la noche siguiente hizo realidad lo que en la anterior habia sido capricho. — ¿Murió? — Murió, Pelegrin, y murió de véras. — Vaya, el hermano Carlos V estaba á mal con la vida: por fuerza se volvió tonto: ¿no es verdad, hermano Isidro? — ¿Qué quiere Vd. que le diga? contestó Isidro: son cosas de países extranjeros.

Las sensaciones que experimenta el pensador filosófico en la *Sala de la Abdicacion* de Brusélas, solo las puede saber el que se ha hallado en ella.

Un muerto de allá por un vivo de acá.

Salimos del *Hotel de Ville*, y á propuesta del *Commissionaire* nos dirigimos á la catedral, nombrada de San Miguel y santa Gudula. Pasámos por el *mercado de las yerbas y de las tripas* (1), subimos la *calle de la Montaña*, y.... perdone el hermano lector si tardamos algo en subir esta calle; no es culpa nuestra, sino de un enjambre de ciudadanos que de trecho en trecho nos acometen, brindándose á servir de guías ó *cicerones* á los extranjeros. — Señores (viene diciendo uno), ¿necesitan Vds. un *commissionaire*? Yo conozco bien la ciudad, y los llevaré á Vds. á todas partes; nada les quedará por ver. — Señores (nos dice otro), mándenme Vds. lo que quieran; ¿dónde gustan Vds. que los lleve? — Señores (expone el tercero), yo les serviré á Vds. todo el dia por tres francos. — Señores (gritan dos á un tiempo), por dos francos les enseñaré á Vds. todo lo mas notable de la poblacion.

(1) En verdad sea dicho, tienen algunas calles de Brusélas nombres muy sucios y muy plebeyos. Calle del *Albañal* (*l'Egout*); de los *Ropavejeros* (*Fripiers*), donde nosotros vivíamos; de los *Ratones* (*des Rats*), *mercado de las tripas*, y otros que es aun ménos decente nombrar.

—¿Qué señores, ni qué ocho de bastos? exclamaba Tirabeque irritado de la importunidad; fuera de aquí todos, que no necesitamos á nadie. — Fuera todos, decia *Joseph*, que ya voy yo con los señores.

Pero todo era inútil: el uno se ponía delante del hermano Anselmo (el ex-diputado), y no le dejaba marchar; el otro se aproximaba á mí tanto, que me rozaba mas de lo que á la ropa le podía convenir; el otro agarraba á Tirabeque del brazo; el otro tiraba al hermano Isidro del faldon de la levita por primera vez de su vida inaugurada en su cuerpo; y ellos y los demas y todos y cada uno pugnaba por hacerse nuestro criado por fuerza, hablando todos, todos forcejando, é importunando todos por demas. Hasta que el hermano Isidro tomó el partido de hacer uso de sus robustos puños para despejar, de lo cual y del severo rostro que ponía, me reía yo á mas no poder. — Vaya, vaya, Fray Gerundio, añadía; yo estoy pasmado de esta gente: ¡Jesus, ave María Purísima! No hacía yo esto aunque me muriera de hambre en un rincón. ¡Cosas como las que uno ve en estos países extranjeros!

Excusado será advertir que el tal Isidro era español de origen inmemorial, y que aquellos belgas han sido hasta hace poco franceses.

Al llegar á Santa Gudula encontramos dos ó tres mujeres de mediana clase, que llevaban una especie de mantillas ó manteletas negras que les llegaban desde la cabeza hasta el remate de la falda del vestido. Aunque se distinguían bastante de las mantillas españolas, eran sin embargo un remedo, y á no dudar, un vestigio que de nuestra antigua dominacion habia quedado. Tambien es verdad que no se encuentra otro en punto á trajes, y que es la única cosa parecida á mantilla que he visto en el extranjero. Lo mismo se observa en Ambéres y en algunos otros pueblos de Bélgica, pero son muy pocas las que se ven, y solo en mujeres de la clase artesana, llevadas ademas con poco aire y poco gusto.

La catedral de Santa Gudula es un edificio gótico de aspecto majestuoso é imponente, fundado sobre la pendiente de una colina, y dispuesto en forma de cruz. Sus dos elegantes y altísimas torres cuadradas tienen el defecto de nuestros edificios y de nuestros proyectos de ley, el de no estar acabadas. El interior del templo es sencillo y grandioso, y á sus severos pilares están como apegadas unas estatuas colosales que representan á Jesucristo, la Virgen y el Apostolado. La cristalería es de colores, y se lee en ellas varias inscripciones en que se distinguen los nom-

bres de Carlos V, del archiduque Alberto, de la infanta Isabel y otros.

Siendo mi paternidad un ministro del Señor, aunque indigno, no podía dejar de llamar particularmente mi atención el tabernáculo del altar mayor, por la circunstancia de su ingenioso mecanismo, con tal arte dispuesto, que el Sacramento sube y baja á voluntad del sacerdote hasta venir á parar precisamente en sus mismas manos. Daba gana de celebrar en él; y el clero belga no digamos que ha estado muy modesto en hacer servir de este modo á sus comodidades á su Divina Majestad.

Había yo pasado en seguida á examinar los diferentes sepulcros y mausoleos de duques, príncipes y emperadores que yacen en aquel templo, así como el del conde Federico de Mérode, muerto en la revolución de 1830 entre los voluntarios nacionales de Bruselas, cuando oí la voz de Tirabeque, que me decía: Señor, señor, aquí está enterrado nuestro *Arrazóla*. — ¿Cómo nuestro *Arrazóla*? ¿El ministro de gracia y justicia que era en España cuando el pronunciamiento de Setiembre? — El mismo, si señor. — Hombre, tu quieres volverme loco: ya haces aparecerse aquí á los intendentes de la real casa en forma de gatos, ya me supones muertos y enterrados en estos templos á los ministros que yo he dejado allá vivos: estás desatinado, Pelegrin: ¿cómo ha de ser esto si el hermano *Arrazóla* queda en España retirado en un pueblo de Castilla, apartado de los negocios públicos, desengañado, según dicen, de la baráunda política, y resuelto no solo á no tomar parte, sino ni á oír hablar siquiera de ella? — Señor, cómo pueda haber sido, yo no lo sé, pero lo cierto es que él está enterrado aquí.

Me acerqué hácia la parte de la izquierda, que era donde Tirabeque me llamaba, y vi en efecto el sepulcro de un *Arrazóla*; pero era un *Don Juan Arrazóla y Oñate, oriundo de Vizcaya, é hijo de padre holandés y de madre inglesa*, según la inscripción decía. — Yo me guardaré, Pelegrin, le dije, de volver á fiarme de ti, porque eres un botarate que no haces más que interpretar las cosas á tu modo, y siempre para chasquear y dar sustos; y aun si no te enmiendas, yo sabré la providencia que habré de tomar contigo.

Diplomáticos españoles.

Desde la catedral subimos otro poco, y atravesando la larga, recta y anchurosa *Calle Real*, pasamos á la de *la Ley*, donde vivía nuestro Ministro de negocios extranjeros en Bélgica, el hermano Cuadrado.

Antes de presentarnos á él como viajeros españoles y como recomendados, quisimos dar una ojeada al gran *Parque*, bello y ameno jardín de recreo que sirve de paseo público, y que circundado de las hermosas calles Real, de la Ley, Ducal y de Bellavista, y de los palacios del Rey, del Príncipe de Orange, y de la Nación ó Legislativo, del pequeño teatro de Variedades ó del *Vaudeville*, y decorado con las estatuas de Gretry, de Lassus y otras, junto con el aseo y despejo que presenta en aquel punto la ciudad, nueva toda por aquella parte, que es al mismo tiempo la más alta, ofrece aquel sitio uno de los golpes de vista más agradables de que puede gozarse en población alguna.

Porque es de saber que Bruselas está dividida, digamos así, en dos poblaciones distintas en posición, en antigüedad, en carácter en fisonomía. La primera, la parte baja y antigua, con sus calles estrechas, tortuosas y sucias, con sus angostas aceras interrumpidas frecuentemente por las trampas ó puertas de los sótanos, con sus casas de inarmónica y multiforme construcción, con sus mercados y puestos de comestibles, con su río *Senna* (1) que la atraviesa de lado á lado, con su canal y sus grandes estanques en que hay siempre varadas cien embarcaciones, y con su movimiento y animación mercantil: la segunda, la parte moderna y elevada, con sus anchas, rectas y limpias calles, con sus anchurosas aceras, con sus hermosos y elegantes palacios, con sus casas de agradable aspecto y delicado gusto, con su parque, sus jardines y su *Plaza Real*, con su silencio mercantil y su movimiento de brillantes y lujosos coches de la aristocracia y de los altos funcionarios que la habitan: lo cual forma tan marcado y tan visible contraste, que las dos partes de la ciudad parecen dos Bruselas distintas.

Entramos, pues, en casa de nuestro Encargado de negocios y

(1) Hasta el nombre del río es casi de igual pronunciación al del que atraviesa á París. Y sigue aquello que dije de la *segunda edición*.

Ministro residente en aquella capital, el cual nos recibió con la natural amabilidad de su carácter, mostrándose grandemente complacido de la aparición de cuatro compatriotas; y hecha la manifestación de nuestros nombres, la presentación de oficio se convirtió pronto en visita de amistad y de confianza.

Empleados los primeros momentos en hablar y departir sobre las cosas de España, interesantes siempre al que se encuentra en país extraño, y más interesantes entonces por estar tan recientes los ruidosos sucesos de Octubre, mi gerundiana natural curiosidad me movió á molestarle con cien y cien preguntas sobre las circunstancias de su diplomático cargo en aquel país, sobre el cuánto y el cómo de sus honorarios, y sobre la posición que ocupaba entre los representantes de las demás potencias. El hermano Cuadrado contestaba á todas estas preguntas con aquella modestia y retracción, con aquella reserva y timidez de quien siente hacer revelaciones que habian de afectar al propio decoro y no habian de dejar muy bien parado el del gobierno y la nación que representaba, pero que al propio tiempo no puede ménos de dejar traslucir su falsa y desconsolada posición, y el triste papel que le tocaba hacer en tan importante y honroso puesto. La impertinencia de mis preguntas pudo sin embargo más que su reserva, y sucedióme lo que á todo preguntón importuno, que supe más de lo que me conviniera saber, aunque á decir verdad, no supe sino lo mismísimo que ya me sospechaba yo.

¡Oh triste, y desgraciada, y malhadada, y desdichada, y desvenejada carrera diplomática española! ¡Cuán triste, y cuán menguado, y cuán desventurado, y cuán apocado papel estás haciendo por esos mundos y por esas tierras! El hermano Olózaga en París se ve obligado á no desplegar el carácter de embajador de que está investido y á presentarse solo como Ministro plenipotenciario, porque, conocedor de los compromisos de aquella investidura, consulta prudentemente el decoro de su patria que le envía sin elementos para llenar aquellos compromisos, y antepone el sacrificio de rebajar espontáneamente un grado de dignidad y elevación personal al bochorno de no poder alternar decorosamente un embajador entre otros embajadores. El hermano Cuadrado en Brusélas medita, discurre, calcula, suda, se afana, economiza y se estrecha para haber de equiparse de un medio uniforme diplomático con que poder asistir á médua corte, ya que á corte entera y á uniforme entero no alcancen ni con mucho los recursos de la órden. El hermano Bourman, secretario de la lega-

ción, por más elasticidad y por más expansión que procura dar á su sueldo, lo encuentra consumido en el inquilinato de la casa y en la leña de su estufa.

Y como estos, y aun más vergonzantes que estos, hallaremos todavía otros representantes de la gran nación española. Y pagando poco y mal á unos funcionarios que debieran dar brillo y dignidad y consideración á la nación española en otros países, ¿querrá el gobierno de España que tenga consideración y dignidad y brillo en otros países la nación española? ¿Sabe el gobierno la importancia que da á un Estado el decoro de sus representantes?

Pero doblemos aquí la hoja, callemos cosas que hemos presenciado y que conviene mejor que estén ocultas, compadezcamos también á la nación que así los trata, y pasemos á ver cosas más alegres y divertidas, como por ejemplo :

El niño haciendo aguas.

La hora de comer nos llamaba hácia casa; y bajando casi por el mismo camino, nos hallábamos ya cerca de ella cuando nuestro *Commissionnaire* nos dijo que si gustábamos ver ántes el objeto de más curiosidad y de más veneración que tenía Brusélas podíamos hacerlo, puesto que estaba á la vuelta de las calles de la *Encina* y de la *Estufa*. Convinimos todos en ello; pero llegado que hubimos al sitio indicado, no veíamos más que una fuente que tenía por remate una figurita de bronce que representaba un niño desnudo en actitud de hacer las aguas menores.

— ¿Y dónde está eso que Vd. quería enseñarnos? le preguntó Tirabeque á Joseph. — Vedlo ahí, le contestó. — ¿Cuál? ¿ese niño que está....? — Sí señor, ese. — ¿Y á ver un niño orinando es á lo que nos trajo Vd. con tanto misterio? Para esto no necesitaba yo venir á esta tierra, que en la mía se encuentran en cada calle y en cada esquina chiquillos como este y haciendo lo mismo que este, con la diferencia que este es de bronce y aquellos son de carne, que siempre valen más. — ¡Oh! Vd. no sabe lo que es este pequeño; este es *el más antiguo, el primer ciudadano de Brusélas*: este es el famoso *Manneken-Pis*. — ¿Y qué tengo yo con el *Manneken-pis*? — ¡Oh! el día que nos faltara el *Manneken-pis* sería para la ciudad el día de mayor luto; en él está cifrada la suerte de todos los habitantes. — Señor comisionista, ó Vd. trata de burlarse

de nosotros, ó Vd. se nos ha entrado sin verle en algun despacho de vino y se le ha subido á Vd. á la cabeza. — ¡Oh! perdon; eso no.

En verdad, á mí tambien me chocaba la importancia y misterio que daba *Joseph* al tal *Manneken-Pis*, y le pedí formalmente explicaciones sobre el origen y significacion de la misteriosa estatua, á lo cual me satisficó diciendo: « Señores, en una ocasion un niño de siete años llamado Godofredo, hijo de uno de los duques de Brabante, se escapó del palacio de su padre, y despues de haber andado buscándole por toda la ciudad, fué encontrado en este sitio haciendo el mismo menester que hace ese niño ahora. Sus padres en demostracion de alegría mandaron construir aquí una fuente con la estatua de su hijo en la misma postura que se habia encontrado. Desde entónces esta estatua fué un objeto de veneracion para los bruselenses, se le llamó *el primer ciudadano de Brusélas*, la suerte de la ciudad se miró unida á él y se tiene como su paladion. En su principio fué de piedra; despues se le reemplazó con esta de bronce, obra del célebre estatuario Duquesnoy. En el año 1817 fué robada, y toda la ciudad se vistió de luto hasta que fué hallada en casa de un tal Lycas, que era un forzado que habia adquirido ya la libertad, y en el año 1818 se la volvió á colocar sobre su pedestal con gran ceremonia.

« Varios príncipes y soberanos han honrado con regalos costosos al *Manneken-Pis*: el Elector de Baviera le regaló un hermoso guarda ropa y le dió un ayuda de cámara para vestirle: el rey de Francia, Luis XV, en reparacion de los insultos que habian hecho algunos granaderos franceses al *Manneken-Pis*, le hizo caballero de sus órdenes y le regaló un traje completo con su sombrero de plumas y su espada. El día de la gran fiesta de *Kermesse*, que es en el mes de Julio, se le ha vestido siempre con uno de estos trajes, pero desde la revolucion de 1830 se le viste todos los años con el uniforme de oficial de la guardia cívica. »

— Señor, me dijo entónces Tirabeque, acá tenemos aquel cantar de España:

Aniguamente
á los chiquillos
se les vestia
de frailecillos.

Pero en el día
los liberales
visten sus niños
de nacionales.

Y comenzóse á reir como un tonto, diciendo: « ¡Vaya con el *Maniquinpis!* Y el diablo del chicuelo no lleva trazas de secarse tan pronto. » Nosotros tambien nos reiamos de tan incomprendible, supersticiosa y ridícula veneracion de los bruselenses hácia su idolillo; pero *Joseph* se nos amostazaba, y ningun bruseles sufriria que se burlasen de su *Manneken-Pis*. En los pueblos mas cultos se conservan supersticiones que parecen increíbles.

Plaza de los Mártires.

Al día siguiente la tomámos por la via del Correo y *Plaza de la Moneda*, una de las mas animadas y frecuentadas de la ciudad: así llamada por estar en ella la fábrica de la moneda.

El sistema monetario en Bélgica es igual al de Francia, el decimal; la unidad monetaria el *franco* tambien. Desde la revolucion del año 30 no se acuña en Bélgica moneda de oro, por el subido precio que tiene allí el oro en barra, que no podria acuñarse sin grave perjuicio del Estado, y sin alterar el sistema decimal introducido por la ley de 5 de Junio de 1832.

La Bolsa la tienen hoy en el vestíbulo de un departamento del mismo palacio de la Moneda; y detras de este y frente de aquella se ven tres telégrafos que hacen parte de otras tantas líneas de comunicacion con la Bolsa de Ambéres, establecidas por los especuladores bolsistas.

Frente al palacio de la Moneda y en la misma plaza está el *Teatro Real*, vasto y grandioso edificio; pero tan serrote y tan triste en el exterior, que mas parece una inmensa tumba que un teatro; por dentro es espacioso y está bien distribuido. Con este teatro le sucede al gobierno de Bélgica lo mismo que le acontece con el ejército al gobierno español, que tiene mas tropa de la que puede mantener. Porque en él hay compañía de grande ópera, compañía de ópera cómica, compañía de baile, compañía de tragedia, compañía de comedia y compañía de vaudeville. Así es que para sostenerlo tienen que contribuir con fondos el rey, la lista civil y los accionistas del banco. Pero el resultado es que nosotros habíamos pasado en él un buen rato la noche anterior, y por lo demas allá se las avengan para sostenerlo, como Dios y su aficion les den á entender.

De allí pasámos á la *Plaza de los Mártires*; y tan luego como entrámos en ella, — ¿qué es esto? preguntó Tirabeque al *Com-*

missionnaire : ¿nos ha traído Vd. al campo-santo? — Señores, dijo *Joseph*, nos hallámos en la *Plaza de los Mártires*; aquí están enterradas las víctimas de la revolución de 1830; pero yo aquí no puedo conducirlos : ahí tenéis el conserje que os informará de todo.

Esta pequeña pero lindísima plaza es una de las cosas más curiosas que he visto en toda mi expedición. Cerrada exteriormente por cuatro palacios de sencilla y elegante construcción, forma interiormente un cuadro de sarcófagos, donde se han depositado los restos mortales de los que perecieron en los días de la revolución : quinientos mártires de la libertad reposan bajo los arcos de aquellas tumbas. En medio del cuadro se levanta un monumento, en cuyos cuatro ángulos se ven cuatro estatuas de mármol blanco que representan la *Guerra*, la *Libertad*, la *Victoria* y el *Dolor*. En su parte superior un Genio escribe en el libro de la historia los días 23, 24, 25 y 26 de Setiembre de 1830. Cuatro relieves (que no estaban hechos todavía, porque aun no se había concluido aquella plaza fúnebre) habían de representar en cada ángulo los hechos militares de cada día. En el sepulcro de frente de la entrada se leía en letras de oro el acuerdo de 25 de Setiembre de 1831 para la construcción de este monumento glorioso y lúgubre. El pavimento es de mosaico. El conserje era un sarjento de Napoleón que había hecho la guerra en España, con cuyo motivo hablaba algunas palabras españolas. Tirabeque no desaprovechó la ocasión, y empezó á hacerle preguntas impertinentes, como por ejemplo, si él era mártir también, si se acordaba del vino de Valdepeñas, y otras por el estilo ; lo que me movió á tomarle del brazo y sacarle cuanto antes de la *Plaza de los Mártires*.

Los ladrones.

Había reparado Tirabeque, y así me lo manifestó al salir de la *Plaza de los Mártires*, que no se veían en Brusélas señoras asomadas á las ventanas curioseando, como en otras partes acaece, lo que pasa por las calles. — Y el caso es, mi amo, añadió, que ni se encuentran señoritas por la calle, ni las veo á las ventanas : sin duda las hermanas belgas deben ser muy recogidas y muy case-ras ; y no lo siento yo porque no me vean á mí, sino porque no puedo yo verlas á ellas : no, en Madrid no sucede eso.

Acompañábanos ya entonces el hermano Bourman, secretario de

la legación, que se nos había incorporado ; y al oír á Tirabeque, — no es infundada, le dijo, hermano Pelegrin, su observación de Vd. En efecto, aquí las señoras pasean ménos las calles que en Madrid : generalmente salen poco, y bien vayan á misa, ó á visperas, ó á visita, suelen hacerlo en carruaje. Así como tampoco observará Vd. en este pueblo los enjambres de prostitutas, que escandalizan en asomando la noche, por las calles de Madrid, París y otras grandes poblaciones. — Qué, ¿no hay aquí gente de esos tratos? — Sí la hay, pero el gobierno tiene tomadas disposiciones para que á lo ménos no se ofenda el público decoro, permitiendo que se haga públicamente alarde del vicio y la relajación. — Entiendo, Sr. Gurman, y me place que el gobierno ponga á raya á esas mujeres.

— Y dígame Vd., y Vd. perdone la curiosidad : ¿prohíbe también el gobierno á las señoritas decentes y de conducta asomarse á la ventana? — Ah, no, pero ni lo hacen ni tienen necesidad de hacerlo, por causa de *los ladrones*. — ¡Hola, Sr. Gurman ! ¿Cómo es eso? ¿Ladrones por aquí? ¿Y tantos hay, que ni siquiera se atreve la gente á asomarse á ver lo que pasa por la calle? — Qué, ¿no los ha visto Vd. en cada ventana? — Señor secretario, Vd. también quiere burlarse de mí : yo no he visto en las ventanas más que unos espejos redondos puestos en frente uno de otro por la parte de afuera. — Pues esos cabalmente son *los ladrones*. Esos espejos que Vd. ha visto, y á los cuales aquí se les da ese nombre, están tan ingeniosamente colocados y combinados, que reflejando los objetos que pasan por la calle, pueden ver las señoras desde dentro, sin ser ellas vistas, cuanto por delante transita en cualquiera dirección. — ¡Cuidado con los tales ladroncicos, mi amo ! Ya veo yo que las hermanas belgas son más astutas que las de allá. — ¡Cosas (exclamó el hermano Isidro haciéndose la cruz) como las que se ven en estos países extranjeros ! El diablo son las extranjeras, vamos.

Á mí Fray Gerundio, también me cogió de nuevo el ingenioso ardid. Después ya se nos hizo familiar á todos, por haberle visto en práctica en todos los Países-Bajos belgas y holandeses. ¡ Dichosos países, donde los únicos *ladrones* que se conocen son los juegos de espejos en las ventanas !